

MANUEL PIZAN



**EL PODER
Y LA
OPOSICION**

DOPESA

mental para definir a un hombre político es la vo-
luntad política y la dedicación permanente a la vida
política. Resulta bien claro que un hombre que sien-
te la responsabilidad íntima del destino colectivo de
la sociedad y que pertenece y que de acuerdo con
este vivo sentimiento colectivo se dedica a la política
es un hombre político. Este es el concepto que yo
tengo de un hombre político en el mundo actual.

Antonio García Trevijano es el hombre de Guinea,
el hombre de Servan Schreiber. Cierta prensa oficiosa
le hizo una valiosa campaña de publicidad. Porque
si García Trevijano hubiera tenido que pagar como
publicidad la que algunos periódicos de gran tirada
le hicieron con sus ataques, le habría salido bastante
cara. El resultado de estos ataques es que lo han con-
vertido en un hombre conocido, en un hombre pú-
blico que algún lugar ocupa en la actual escena polí-
tica del país. Un hombre que, tras haber asesorado
a grupos políticos guineanos —precisamente los que
ahora gobiernan aquel país— a la hora de estructurar
su constitución, se ha hecho en nuestro reducido ho-
rizonte político un cierto lugar de ideólogo. De ello
hablamos.

- ¿Quién es Antonio García Trevijano?
- Un hombre político.
- ¿Cómo hace política?
- Como puedo... Bueno, esto es una broma. Tra-
dicionalmente, se considera que un hombre es polí-
tico cuando vive de la actividad política, es decir,
cuando profesionalmente se dedica a la política. En
este sentido estricto, es evidente que en España no
hay más políticos que los que tienen cargos públicos.
Pero yo entiendo, con Max Weber, que lo funda-

mental para definir a un hombre político es la vocación política y la dedicación permanente a la vida política. Resulta bien claro que un hombre que siente la responsabilidad íntima del destino colectivo de la sociedad a que pertenece y que de acuerdo con este vivo sentimiento, estudia, observa, se prepara y actúa para la política, evidentemente es un político.

—*Un político... sin cargos.*

—Ni tengo ningún cargo político ni espero llegar a tenerlo.

—*¿No le parece, sin embargo, que quien no pone en práctica sus ideas políticas no es político?*

—Este es un problema muy complejo y que ha sido y es y será siempre centro de estudios y discusiones entre intelectuales y hombres de acción. Hasta el marxismo, se consideraba posible el desarrollo de una teoría política con independencia de la acción política. A partir de la concepción dialéctica de Marx, hoy marxistas y no marxistas coinciden en que es imposible la separación de la teoría y la praxis política. Pero, como en toda generalización, hay en este aspecto un peligro evidente, en el que, a mi modo de ver, ha caído la casi totalidad del pensamiento y de la acción política mundial. Me refiero a la consagración del principio del realismo político. El predominio de la acción sobre los esquemas intelectuales, y la tendencia del poder a conservar el *statu quo* que lo mantiene, ha llevado a políticos teóricos a la exaltación del aspecto más infantil y primitivo del empirismo político. Esto es, el oportunismo. No hay empirismo sin una elemental racionalización, sin un principio de entendimiento de la acción, sin la praxis, como no hay racionalismo que no sea realizable. El realismo político exige no sólo contar con los dos aspectos coexistentes en la realidad, que podríamos

llamar aspecto actual y aspecto virtual, sino con el principio dinámico de la realizabilidad, es decir, con la creación.

—*Y bajando de estas alturas metafísicas a una política concreta de tejas abajo, de habas contadas, que es la interesante... ¿qué haría?*

—Yo creo en el carácter mutable y permanentemente dinámico de la realidad social. Toda clase de política, sea conservadora o administradora, reaccionaria o revolucionaria, actúa sobre la realidad social para frenar, desviar, acelerar o congelar el sentido de los cambios sociales. Para mí, una política concreta tiene que ser siempre una política que alcance el máximo poder de aceleración en el cambio social, sin llegar al límite de velocidad que provocaría la reacción conservadora. Por tanto, creo que es imposible definir una política concreta de manera «a priori».

—*Esto, ¿no es una resurrección del posibilismo decimonónico?*

—No, de ninguna manera. El posibilismo en España tiene una concepción cobarde ante el hombre y la historia. El posibilismo es la concepción política de personas de buena fe que desean el progreso... si se lo permiten. Es decir, sin asumir riesgos. En cambio, yo creo que en política, como en la ciencia, el éxito está siempre del lado del mayor riesgo.

—*Si tuviera que hacer un mapa político de las fuerzas reales del país, ¿cómo lo haría?*

—Efectivamente, ya es un tópico en España distinguir entre política real y política oficial, distinción que como es natural se hace por parte de políticos no gubernamentales e incluso algún sector sindical. Yo creo que esta distinción entre política oficial y política real está basada en la misma concepción vulgar y primitiva del realismo político al que antes

me he referido. La política oficial, como la llamada España oficial, son cosas tan reales como la otra política o España llamada real.

—Pero, contestando a mi pregunta...

—Para este mapa de fuerzas políticas prefiero entonces separar tres niveles de realidad. El primer nivel, naturalmente, es el del poder o nivel gubernamental. En este nivel, la fuerza política reside en la cualidad aglutinadora del Jefe del Estado, con la Falange burocrática, el Ejército, la jerarquía eclesiástica, y la burguesía industrial y financiera, fundamentalmente. Un segundo nivel de realidad está constituido por una importante masa de opinión dentro de la clase media alta, promovida por profesionales e intelectuales de prestigio, que son de una buena fe y un voluntarismo realmente trágico. Éstos tratan de conciliar su fidelidad al 18 de julio con la reforma verdaderamente democrática de la vida política dentro del Régimen. Y, finalmente, existe un tercer nivel de realidad política, constituido por intelectuales, estudiantes, obreros y sacerdotes jóvenes, que aunque atomizados e impulsados por aspiraciones diferentes, con tácticas distintas que varían desde el reformismo lento hasta la revolución inmediata, desean un cambio radical de la política española.

—¿No podría reducir estas fuerzas a grupos ideológicos?

—La clasificación que le he hecho me parece, como toda clasificación, esquemática y por tanto falsa, pero me parece mejor que recurrir a las distintas ideologías, republicanos o monárquicos, socialistas, demócratacristianos, anarquistas o comunistas, que en España no tienen fuerza organizada, ni carta de naturaleza legal, en algunos casos. Sólo tienen la fuerza

virtual que pueda tener, por ejemplo, la propiedad de una marca conocida, pero sin explotar.

—¿Cuáles cree que son los actuales problemas del país?

—Le doy una gran importancia, en política, a las palabras, por que hoy, con las técnicas de propagación y de difusión, la palabra ya no es sólo un símbolo representativo, sino el comienzo de una acción sobre las masas. Digo esto a propósito de la pregunta. Es un error hablar de problemas políticos. La política no tiene problemas. Si los tuviera, habría soluciones, y en política tampoco hay soluciones. Mejor que plantearse los problemas políticos actuales, es hablar de las opciones o alternativas.

—¿Cuáles son?

—La primera gran alternativa sigue siendo, en España, desde hace más de siglo y medio, la opción institucional, es decir, la definición de elección de las reglas del juego político que puedan aceptar la gran mayoría de los españoles. Descarto deliberadamente, en este plano institucional y ahora, la opción revolucionaria, es decir, la definición y la determinación de que las reglas del juego político pueden ser alteradas por la vía de la sublevación. La segunda gran alternativa es la de la información y educación nacional. La tercera es la de la justicia distributiva. Y la cuarta es la del desarrollo. Deliberadamente no incluyo entre estas opciones la del orden, porque el orden no debe ser un fin de la política, sino una mera condición que depende de las anteriores opciones.

—De entre todas las distintas tendencias políticas, progresistas, conservadoras, liberales o reaccionarias que circulan por ahí, ¿con cuál se sentiría unido por mayores afinidades?

—Con ninguna.

—¿No se encuadraría en ningún partido político de los que hay en el resto de Europa?

—No puedo encuadrarme.

—¿Ni siquiera ideológicamente?

—Ni siquiera ideológicamente.

—Entonces, ¿hace la política por libre y en solitario?

—De momento, sí. No porque me guste, que sería absurdo y, en un político, un contrasentido. Ocurre que creo que en España, y en general también en Europa, se está a punto de encontrar el nuevo espíritu de la política que ha de animar los futuros movimientos políticos. Yo trabajo con ilusión, con optimismo y sin descanso en la búsqueda y en la concreción de este nuevo espíritu político que ha de provocar, como en las ciencias físicas y matemáticas, el nuevo espíritu científico ha producido el espectacular desarrollo de las técnicas o las ciencias aplicadas, una verdadera transformación de los conceptos políticos tradicionales. No olvidemos que estamos ya desde hace tiempo en una época de crisis radical que anuncia un verdadero renacimiento.

—¿No tendría esto mucho que ver con el neocapitalismo teórico de Servan Schreiber?

—Nada en absoluto. Por otra parte, Servan Schreiber no tiene ninguna teoría política. Es, de todas formas, un hombre notable por su fe en la juventud, aunque tiene una cierta predisposición a valorar excesivamente la importancia de la técnica en la política.

—El mundo va, indudablemente, hacia el socialismo. ¿Cómo se sitúa políticamente ante esta dirección de la historia?

—Vuelvo otra vez a insistir en el valor de las palabras. Las realidades de los cambios sociales van

por delante del vocabulario. Cuando se habla de socialismo hoy no se pretende ya referirse a ninguna de las formas específicas del socialismo tradicional, utópico, marxista o democrático, sino a una intuición que engloba a todos esos socialismos, pero apartando de ellos los aspectos dogmáticos en la ideología o burocráticos en su realización, que han sido los aspectos negativos de cada uno de esos socialismos específicos. La palabra socialismo, hoy, indica un ideal de justicia que aún no ha sido definido.

—Supongamos que ese ideal sí ha sido definido, y archidefinido...

—Quiero seguir sin encuadrarme. Para encuadrarme políticamente tendría que haber ya un movimiento político que hubiese definido el camino, porque en política es más importante el camino que la meta, el camino a seguir tras esos eternos ideales de justicia y de libertad.

—Supongamos, otra vez, que el camino esté no sólo definido, sino requetetrillado...

—Yo creo que el camino no está definido. Los que están definidos son los ideales, y a éstos, precisamente, no había necesidad de definirlos...

—A riesgo de parecer pesado, insisto en que el camino...

—Hombre, lo único que sí puedo decir rotundamente es que el camino será necesariamente democrático, pero como a su vez la palabra democracia también tiene la ambigüedad de todos los términos políticos, falta por concretar las condiciones reales de organización de la vida política por ese camino democrático.

—Usted ha tenido un papel muy activo en la fundamentación jurídica de la independencia de la antigua colonia española de Guinea. Hábleme de ello.

—Respecto a Guinea, no soy yo quien debería decirlo, pero creo que, objetivamente, mi intervención en la independencia es un ejemplo claro de una política eficaz de oposición, y no de una oposición política.

—¿Podría contar la historia de lo que realmente ocurrió en ese asunto?

—No la debo contar ahora. Un día, sin embargo, la opinión española conocerá íntegramente este asunto. La campaña del periódico «Pueblo» contra mi actuación es un episodio más de los muchos que ilustran la reacción de cierto grupo frente a los no aduladores del poder.

—De resultas de esa campaña de prensa, tuvo usted un choque con el director del diario sindical. ¿Qué dice de Emilio Romero?

—No quiero hablar de él.

—Usted, ¿se considera ideólogo o político de acción?

—Quizás estadísticamente, calculando el tiempo dedicado al estudio, se me pueda considerar teórico. Pero yo no me juzgo así, y creo que las personas que me conocen íntimamente tampoco lo hacen. No soy un verdadero intelectual, en el sentido auténtico de la palabra, porque no busco la verdad desinteresadamente, sino el medio de realización de unos ideales compartidos con la generalidad de la juventud europea. Por ejemplo, cuando me ocupo de los problemas constitucionales de Guinea, cuando les redacto un proyecto de constitución, no realizo una exposición teórica o magistral de la democracia, sino que he intentado definirles, con arreglo a los datos y a las observaciones de la realidad guineana, una concreta y precisa forma institucional de realizar la política.

—¿Cuál?

—Yo lo he llamado, ya hace mucho tiempo, la democracia inmediata. Esto, mucho antes de que en Francia apareciese el término de democracia directa. En el proyecto constitucional para Guinea desarrollo los principios de la democracia inmediata a todos los niveles de la organización política, local, regional, nacional, sindical, cooperativa, etc.

—¿Qué es eso de la democracia inmediata?

—Sería una experiencia política original basada en el principio de la comunicación o contacto inmediato, es decir, sin intermediarios, entre gobernantes y gobernados, por un lado, y entre opciones políticas y realidades políticas por otro. La democracia la entiendo de una forma inmediata en el espacio y en el tiempo.

—¿Cómo?

—En el espacio, porque de la misma manera que los últimos descubrimientos de las ciencias físicas han puesto de relieve que la validez de esas leyes está en función de la dimensión de los fenómenos a los que se aplica, de tal forma que la ciencia del racionalismo clásico no es válida ni para lo inmenso ni para lo ínfimo, así también la política está en función directa de la dimensión de la colectividad humana de que se trate. La república de Pericles, con unos miles de electores, pudo desarrollar al máximo los principios de la democracia inmediata, porque allí no había necesidad de intermediarios. Hoy Guinea, un país de cien mil electores, puede realizar un experimento de democracia directa.

—Pero, ¿cómo funciona?

—La explicación de esta democracia sería el objeto de un tratado de derecho, pero, como aproximación, podríamos decir que se trata de un presidencialismo a todos los niveles.

—Ese presidencialismo sin intermediarios, ¿no arrasaría todo pluralismo?

—Esto plantea, ciertamente, el tema de los partidos políticos. Porque en la democracia europea tradicional, los partidos son los intermediarios, entre el ciudadano y el Gobierno, y no los diputados. La sociología de grupo demuestra que el elegido diputado actúa más por disciplina de grupo político con sus afines que con lealtad a su elector o al interés nacional, al menos directamente.

—Dejando aparte el hecho de que, normalmente, no se vota a un diputado, sino a un partido que presenta ese diputado, lo que es otra cosa muy distinta, ¿su sistema no representa un atentado contra la organización política de masa por excelencia, el partido político?

—En política no hay nada que se pueda suprimir. Lo que se pretende suprimir siempre reaparece, esa es la tragedia de las dictaduras y de las revoluciones. La democracia inmediata no pretende suprimir, sino superar el intermediarismo, no propiamente los intermediarios políticos.

—¿Cómo?

—Mediante un juego institucional que, respetando e incluso incitando la libertad de asociación en partidos políticos, esto es, el pluralismo, sin embargo haga más estimulante para el ciudadano y para los gobernantes su directa vinculación al interés general.

—Usted decía que esa democracia es directa en el tiempo y en el espacio. ¿Qué quiere decir eso?

—Los intermediarios tienen una tendencia a unir, pero también a separar al gobernante y al gobernado. Mediante un juego político institucional, se favorece la función de contacto, inhibiendo la función de separación. Esto, en lo referente al espacio. En cuanto

al tiempo, tradicionalmente hay dos clases de políticas, las de razón y las de entendimiento, las de a corto y a largo plazo. Pero el empirismo de hoy hace que bajo un pretexto de política a largo plazo, dogmática, se sacrifiquen los intereses inmediatos de las generaciones presentes. La democracia inmediata trata de impedir el sacrificio real de una generación presente en aras de un interés posible, pero nada seguro, de las futuras generaciones.

—Pero eso, ¿no sería un no al progreso, una política de presente y no de futuro?

—No. La política es el principal factor de la historia, y una política de realización presente ha tenido que asumir, para ser eficaz, las proyecciones del futuro. Por ejemplo, si en el presente hay que formar educativamente a una juventud, es imposible acertar si no prevemos cuáles van a ser las necesidades futuras de la sociedad para la que esa juventud ya formada ha de ser útil. Yo diría que es la única forma de decir que se hace política de futuro. El futuro ya está asumido en el presente.

—Antes habló a comunicación inmediata entre gobernantes y gobernados. ¿A qué se refería?

—Hombre, piense en las técnicas modernas de comunicación de masas. En la radio, en la TV, en el cine...

—Pero esto no es más que entregar un pueblo indefenso al lavado de cerebro. Porque tendrá que aguantar lo que le echen, sin posibilidad de disentir ni de, mucho menos, expresar su disensión.

—La técnica, para la política, no es neutra; depende de quién la utilice y de para qué la utilice. Tener una posición de temor o de recelo es un romántico soñar en la edad dorada, propio del anarquismo.

—No me ha entendido. Lo que quería decir es que una masa no organizada, esto es, una juxtaposición de individuos ante una pantalla de televisión con la que no pueden discutir, no es sujeto político válido. Son las agrupaciones políticas las que organizan la masa y le dan el aparato crítico necesario para contrarrestar nefastas influencias de ese tipo. Ya Hitler y Mussolini utilizaron muy eficientemente la prensa, la radio y el cine de su tiempo como demolidor medio de propaganda y sostén de su dictadura. Imagínese lo que habrían hecho con la TV: estarían todavía en el poder... Si entendemos por democracia inmediata la democracia del televisor, esa democracia ni es democracia ni es nada. Porque ya me dirá cómo dialoga uno con un televisor...

—Yo también considero en la democracia inmediata la información como una alternativa básica. Esto quiere decir que si la información no está garantizada y controlada democráticamente, no hay posibilidad de que exista ninguna democracia.

—Dejando aparte sus numerosas analogías físico-matemáticas, ¿no le parece que a lo largo de toda nuestra charla ha sido demasiado vago y teórico, y muy poco concreto?

—En política sólo hay dos formas de hablar: una muy teórica, en el terreno de los principios. Otra, muy práctica, en el plano de la acción. Descartada la segunda, tengo que atenerme, por tanto, a la primera.

★

Yo guardo mi bolígrafo. Renuncio a cualquier comentario. Quiero que las palabras del personaje sean las que retraten a éste. Y las palabras de García Trevijano, notario y hacedor de constituciones, han quedado fidedignamente transcritas.

JOAQUÍN RUIZ-JIMÉNEZ

Este libro, escrito en el más depurado estilo periodístico, se compone de once entrevistas y tres reportajes.

Fueron escritos en los días nerviosos al filo del estado de excepción, cuando había un crescendo de agitación política y social, y todos nos preguntábamos qué iba a pasar a continuación, y el aire estaba denso y germinal. Precisamente por eso, los personajes entrevistados, con los nervios especialmente tensos, hablaron como quizá en otras circunstancias no lo hubieran hecho. El autor ha renunciado a ampliar la lista a posteriori, porque ya no hubiera sido igual, ni se hubieran situado con tanta precisión.

Los once hombres de las entrevistas contenidas en este libro tienen en común, a la hora de decir que son representativos del país, una característica: que pertenecen a una sola capa política, el «establishment», a lo más, a la oposición —de ahí el título— dentro de lo establecido y no a la oposición al sistema, que aquí no habla.

Como dice el autor, Manuel Pizán, «algo de lo que pasó en los dos o tres meses finales de 1968, quedó fijado en estas páginas». También este tiempo forma parte de la historia de España, por muy excepcional que fuera declarado. Por eso, es mejor, vueltas las aguas a su cauce, conocer y estudiar tales excepcionalidades.
